

Si la palabra “terrorismo” conserva aún su sentido original, si sigue significando conseguir resultados políticos por medio de aterrorizar al adversario, la política de la troika –FMI, Banco Central Europeo, Comisión Europea- debe calificarse de terrorismo económico y su adversario son las clases trabajadoras europeas.

En nuestra época, no hay política sin política de comunicación (aunque no parece que la izquierda alternativa lo tenga muy en cuenta). El terrorismo económico se difunde cada día por los medios convencionales, que dedican un espacio creciente a la intoxicación económica, por medio de un discurso protocolizado que utiliza a Grecia como paradigma: la crisis se agrava+hay que endurecer los ajustes+cuando se endurezcan, la crisis se seguirá agravando+hay que hacer nuevos ajustes+no hay alternativa.

En un mitin reciente de CC OO, su secretario general hablaba en un atril en el que se leía: “*Con nosotros hay futuro*”. La verdad es más bien la contraria: la mayoría de las y los trabajadores han dejado de creer en la capacidad de sus instrumentos tradicionales de organización –en primer lugar, las grandes organizaciones sindicales- no ya para asegurarles un futuro digno, sino ni siquiera como protección ante un futuro amenazador. Y creen también que no hay instrumentos, ni alternativas de recambio. El secretario general de CC OO les ratificará en estas ideas cuando su alternativa es: “*Que el G-20 tome iniciativas*” (sic). Si así fuera, apaga y vámonos.

El problema no está tanto en la formulación de objetivos: por ejemplo, en torno al combate contra el yugo de la deuda, hay numerosas propuestas muy bien orientadas en la larga entrevista con Eric Toussaint que publicamos en nuestra web. El problema está en cómo conseguir acciones eficaces que nos aproximen a esos objetivos. Encontrar respuestas es extremadamente difícil, pero ese es hoy el sentido fundamental de la política anticapitalista. **Michel Husson** es el economista marxista que más se arriesga en la búsqueda de políticas concretas. En el artículo que publicamos sobre la crisis del euro, propone un debate muy pertinente: “*Ahí se sitúa el verdadero debate: ¿cuál es, en la escala del radicalismo, la posición del cursor que mejor permite movilizar?*”.

El movimiento del 15-M se encuentra en una fase complicada. Las enormes expectativas que se crearon en las primeras semanas, y que el movimiento se creyó sobre sí mismo, pueden producir ahora un efecto de rebote y producir preocupaciones o desilusiones excesivas. Parece más razonable pensar que estamos en un cambio de marcha, desde la exaltación y el vértigo de los primeros tiempos, al tiempo largo, del trabajo a medio plazo, cuando hay que caminar no por los “terrenos liberados” de las plazas públicas, sino por los caminos ásperos del protagonismo de la política institucional y los graves ataques sociales ante los

que no bastan las denuncias, las concentraciones o las acciones locales. No hay ninguna razón para el pesimismo, pero sí hay por delante un trabajo más duro y probablemente menos gratificante del que tuvimos la alegría de vivir en mayo y junio. La condición de “nuevo sujeto político” adjudicada al 15-M quizás con demasiadas prisas no es algo adquirido, sino que debe ser conquistada y no será fácil.

El texto que publicamos de **María Dolores Vivero** analiza un aspecto que no suele considerarse en los grandes movimientos sociales: su sentido y su uso del humor. Pero el estado de ánimo de un movimiento social tiene una influencia determinante en su acción y el humor es imprescindible para conocerlo. **Pablo Iglesias** ha titulado su texto: “*Vota y no te metas en política*”. Muy oportuno es vísperas electorales.

Me cuentan que el Partido Comunista Griego difunde en la plaza Syntagma una oferta para comprar la obras completas de Stalin con un importante descuento. Se podría tomar a broma, si no fuera porque este partido, al que llamarle estalinista es un eufemismo, es de lejos la primera fuerza a la izquierda del PASOK, y mientras intenta vender obras de Stalin, organiza a miles de jóvenes. Es desesperante, pero es así. La crítica radical de estalinismo no es un tema del siglo XX. Debería formar parte de la memoria de la izquierda alternativa del siglo XXI. El libro de Domenico Losurdo que ha publicado El Viejo Topo enturbia esa memoria. **Antonio Moscato** la restablece en el artículo que publicamos.

M.R.

Carlos Azagra

